

EDITORIAL

Un planeta que se recalienta

En los últimos tres años, el aumento sostenido de las temperaturas promedio del planeta ha encendido todas las alarmas. Incendios forestales devastadores, olas de calor récord, el derretimiento acelerado de los glaciares y fenómenos meteorológicos extremos son el reflejo más tangible de una crisis climática que no espera. Sin embargo, a pesar de las múltiples cumbres y acuerdos internacionales, como el Acuerdo de París de 2015, los avances en la lucha contra el cambio climático han sido insuficientes y las promesas, en muchos casos, se han quedado en papel.

El panorama es desalentador: las emisiones globales de gases de efecto invernadero siguen creciendo, y la meta de limitar el aumento de la temperatura a 1,5 °C está en riesgo. Según la Organización Meteorológica Mundial, 2024 fue el año más cálido jamás registrados, lo que evidencia el peligro de no actuar con ra-

pidez y determinación.

Muchos compromisos asumidos por los países carecen de ambición, plazos claros y mecanismos efectivos de implementación. Esto refleja una falta de vo-



Muchos compromisos asumidos por los países carecen de ambición, plazos claros y mecanismos efectivos”.

luntad política para priorizar el medioambiente sobre los intereses económicos inmediatos. Por otro lado, el financiamiento climático sigue siendo un punto débil. Los países desarrollados no han cumplido con la transferencia de recursos prometida para que las na-

ciones en desarrollo puedan adaptarse a la crisis y mitigar sus efectos.

Sin embargo, no todo recae en los gobiernos. Las sociedades también tienen un rol crucial. Es fundamental que las comunidades adopten estilos de vida más sostenibles, reduzcan el consumo excesivo y exijan cambios estructurales a través de la presión ciudadana. Asimismo, las empresas tienen la responsabilidad de transformar sus cadenas de valor, priorizando la sostenibilidad en sus modelos de negocio.

El planeta está enviando señales de alerta que no pueden ser ignoradas. El aumento de la temperatura no solo afecta la biodiversidad, sino que también compromete la seguridad alimentaria, el acceso al agua y la salud de millones de personas. Chile, con su vulnerabilidad a sequías, desertificación y desastres naturales, es un ejemplo de los impactos concretos de esta crisis.